



Fundación
Arte y
Mecenazgo

CÍRCULO ARTE Y MECENAZGO

Síntesis de la conferencia

EL COLECCIONISTA INGLÉS

DAVID LINLEY

Presidente de Christie's Reino Unido

© del texto, su autor
© de la traducción, su autor
© de la edición, Fundación Arte y Mecenazgo, 2013
Avda. Diagonal, 621, 08028 Barcelona

El coleccionista inglés. Una evolución del gusto

Síntesis de la conferencia

David Linley

Presidente de Christie's Reino Unido

Introducción

Como creador de muebles y presidente de Christie's, cada día conozco personas tan apasionadas por coleccionar como yo y observo en los entendidos de nuestras subastas de hoy las mismas características que en los jóvenes que siglos atrás se embarcaron en el Grand Tour. Los grandes coleccionistas hacen historia, pues garantizan que la siguiente generación continúe estudiando y promoviendo nuestro patrimonio cultural. A mi entender, coleccionar es poder dar testimonio de lo mejor del pasado situándolo en un contexto contemporáneo, de manera que presente y pasado puedan comprenderse mejor.

Los Tudor. El surgimiento del gusto inglés y el primer *boom* de las casas de campo

Los Tudor fueron de los primeros en utilizar el poder del arte para servir a la corona y a la aristocracia. Enrique VII fue conocido como un rey frugal en todos los aspectos excepto en su corte. Mientras su gente sufría fuera de las murallas de palacio, él disfrutaba de los deleites del maestro de celebraciones y de los halagos del pintor de la corte y sentía la necesidad de promover su imagen no solo encargando retratos sino también expandiendo su colección. Tras su muerte, en 1509, dejó dos grandes coleccionistas: Enrique VIII, su sucesor, y el cardenal Wolsey.

Wolsey era hijo de un carnicero, y quizás fueron sus humildes orígenes lo que lo llevó a gastar tan generosamente su riqueza: sus capillas estaban cubiertas con pan de oro, sus recámaras con tapices y sus mantos con pieles. Esta ostentación la heredó el joven Enrique, que ejerció el mecenazgo encargando pinturas y obras de arte a pintores y a maestros artesanos de Italia, Francia y Flandes, lo que llevó a Hans Holbein a la corte de Inglaterra.

En 1536, Holbein fue nombrado pintor oficial de Enrique VIII. Sin duda alguna, el hecho de merecer la confianza del rey atrajo el interés de muchos nobles, que para sus retratos también querían contar con su firma. Esta demanda de retratos muestra cómo la actitud inglesa respecto al arte había cambiado, puesto que el arte del retrato se convirtió en la base del recién establecido gusto inglés.

La hija de Enrique VIII, Isabel I, no mostró interés por el arte; su contribución más significativa a la cultura inglesa del coleccionismo fue el *boom* de las casas de campo. Isabel alentaba a sus cortesanos a construir palacios para recibirla. Naturalmente, estos nuevos hogares tenían que llenarse con el arte y el mobiliario más refinados, lo que

provocó un furor coleccionista entre la nobleza, al frente del cual estaba Sir William Cecil, ministro de la reina, coleccionista y arquitecto de la Casa Burghley.

La Casa Burghley es un fascinante ejemplo de la condensación de varios estilos arquitectónicos europeos en una casa de campo inglesa. Cuando Sir William Cecil empezó a trabajar en ella, en 1555, la arquitectura inglesa estaba influenciada por los modelos de Italia, los Países Bajos y Francia. La amalgama de estos estilos representa la actitud de aquel momento respecto al coleccionismo, es decir, la atracción de la aristocracia por bellas obras de diversas partes del mundo. En los siglos XVII y XVIII, el gusto inglés por adquirir culminó en el Grand Tour.

El Grand Tour

Para las familias nobles, el Gran Tour fue una manera ostentosa de educar a sus hijos, consistente en mandarlos a la Europa continental a estudiar arte y relacionarse con personas instruidas. Si bien algunos se inclinaban por los placeres más vulgares de la vida mediterránea, muchos vieron el viaje como una oportunidad para llenar sus hogares con lo que en la época debió parecer tan innovador como puede parecerlo hoy en día cualquier obra de arte contemporáneo. La aristocracia británica, cultivada con una dieta de clásicos, se veía a sí misma como sucesora del senado romano, custodio de una era dorada de arte y conocimiento.

Uno de los coleccionistas más influyentes de la época fue John Cecil, quinto conde de Exeter, cuya colección puede visitarse hoy en la antes mencionada Casa Burghley. Cecil visitó Roma, Lucca, Padua, Bolonia, Venecia, Génova y Florencia, donde el duque Cosimo III le regaló un magnífico armario de ébano con *pietra dura* hecho en los talleres ducales y donde, por otro lado, compró *El rapto de Europa* y *La muerte de Séneca*, de Luca Giordano, al que encargó trece obras más. De vuelta a Inglaterra, encomendó a Antonio Verrio la decoración de una serie de habitaciones en Burghley, entre las cuales se encuentra el Salón del Cielo, una visión de la mitología clásica. La imaginería elegida por Cecil muestra un deseo de usar el coleccionismo como medio de elevar tanto el espíritu como el estatus.

Después de las escenas bíblicas de postal de Navidad y las interminables vistas de Venecia y Roma, las imágenes más significativas del Grand Tour son sin duda los retratos que Pompeo Batoni hizo de los propios turistas. Batoni empezó como pintor de escenas clásicas, pero en seguida vio que era más lucrativo pintar retratos de los jóvenes aristócratas que deseaban alardear de su erudición y sus adquisiciones.

En el siglo XVIII, Londres era una ciudad próspera y vibrante gracias a un aumento en el comercio internacional y a un interés floreciente en el arte y la literatura. La pasión por el coleccionismo de arte no disminuyó y el establecimiento de casas de subastas como Christie's significó la posibilidad de reunir una colección de nivel mundial sin tener que salir de Gran Bretaña. James Christie llevó a cabo su primera subasta en Londres en 1766, en sus Great Rooms de Pall Mall. Por otra parte, antes de la creación oficial de la National Gallery en 1838, en Londres había muy pocas instituciones culturales y exposiciones, así que Christie's se convirtió en una especie de prototipo de museo nacional al que la gente sabía que podía ir a ver algunas de las obras de arte más selectas del mundo sin tener que pujar o pagar entrada.

Los Walpole

Nadie representa mejor la corriente coleccionista del siglo XVIII que Sir Robert Walpole, primer Primer Ministro de Gran Bretaña e impulsor de la construcción de Houghton Hall, que no solo es una de las casas de campo más selectas de Gran Bretaña sino que se distingue por haber sido diseñada y construida como marco de una colección de arte que incluía obras de maestros clásicos como Rubens, Poussin, Rembrandt y Velázquez. Además, Walpole fue un gran mecenas de Carlo Maratta, a cuyas obras dedicó una sala entera de Houghton Hall. Por otra parte, su pasión por el barroco lo distinguió de las colecciones formales de otros grandes patrimonios y atrajo la atención de diplomáticos y representantes de cortes extranjeras mucho después de su muerte, en 1745, entre los cuales la del embajador ruso Alexei Musin-Pushkin, que informó a Catalina la Grande de la intención del hijo de Walpole, Horace Walpole, de vender la colección. Dicha oferta de venta causó un gran debate en la época. Los miembros del parlamento británico urgieron al gobierno a salvar las pinturas para las colecciones del propio país, solicitud que no fue tomada en consideración, pues 40.550 libras esterlinas, si bien era una suma *insignificante* para Catalina la Grande, era una cantidad excesiva para la nación. Una vez instalada en el Hermitage, la colección atrajo a tantos visitantes que en 1830 fue abierta al público. Sus pinturas todavía permanecen colgadas allí.

La compra de la colección fue un triunfo para Catalina pero una gran pérdida para Inglaterra y particularmente para Horace Walpole. Sin embargo, Walpole, que había hecho el Gran Tour entre 1739 y 1741, se recuperó y se hizo un nombre como coleccionista por derecho propio, además de ser conocido por ser el arquitecto de Strawberry Hill, una obra maestra neogótica que él describió como «una casita carpichosa [...] construida para complacer mi propio gusto y, en cierta medida, descubrir mis propias pasiones». Walpole estaba interesado en la era de los Tudor y en las cortes jacobinas y se deleitaba en ser el último de una larga lista de coleccionistas ingleses. Con su imprenta privada, se aseguró de que tanto la colección de su padre como la suya quedaran documentadas para la posteridad junto con una historia de la pintura en Inglaterra, una descripción *a lo Vasari* de artistas destacados que hoy en día sigue siendo la base de la historia del arte en tierras inglesas.

Preservar para futuras generaciones

Ninguna charla sobre coleccionistas ingleses puede eludir mencionar a Sir John Soane, maestro arquitecto y ávido coleccionista de todo lo clásico. Principalmente anticuario, su colección fue un acto de preservación más que de autobombo. Estaba fascinado por el pasado y trató de embutir tanto de él en su casa como le fue posible. En 1833, Soane negoció una ley del Parlamento para preservar su casa y su colección en beneficio de amantes del arte y estudiantes de arquitectura, pintura y escultura, ley que se llevó a efecto a su muerte, en 1837. El deseo de preservar obras de arte para futuras generaciones fue compartido por otros dos grandes coleccionistas de su tiempo, Samuel Courtauld y el vizconde Lee of Fareham, fundadores de la Courtauld Gallery de Londres, que se formó mediante una serie de donaciones de algunos de los principales coleccionistas de finales del siglo XIX y del siglo XX.

Samuel Courtauld, marchante de productos químicos y textiles, fue principalmente un coleccionista de grandes maestros hasta que en 1917 vio la colección de pintura impresionista de Hugh Lane en una exposición en la National Gallery. Poco después, Courtauld estableció un fondo para la adquisición de pintura francesa moderna. Ese donativo consiguió muchas de las obras de arte más impresionantes de la National Gallery, entre las cuales *Los girasoles* de Van Gogh y *Bañistas en Asnières* de Seurat. Entre 1922 y 1929, Courtauld amasó una colección privada de asombrosa calidad, con obras como *Naturaleza muerta con un cupido en yeso* de Cézanne, *La Loge* de Renoir y *El bar del Folies-Bergère* de Manet, estableciéndose como una figura destacada en el creciente mercado del arte internacional. Su compromiso con el arte y los artistas modernos no tuvo parangón en la Inglaterra de la época. A lo largo de los años el Courtauld Institute of Art y su colección han resultado inestimables para el estudio de la historia del arte.

En la actualidad

Sigue habiendo muchos coleccionistas que encarnan el espíritu del gran coleccionista inglés, desde el último descendiente de la Houghton Hall, Lord Cholmondeley, hasta Frank Cohen y su colección de arte contemporáneo alojada en un almacén de Bloomsbury. Lord Cholmondeley ha coleccionado y encargado obras monumentales de escultura contemporánea para Houghton, y Frank Cohen, a su vez, colecciona arte internacional de finales de los años setenta del siglo XX y hasta la actualidad y recientemente se ha asociado con Nicolai Frahm para abrir el Dairy Art Centre de Londres y cuestionar la idea tradicional de galería o museo.

El príncipe de Gales es otro ejemplo de coleccionista contemporáneo que da una nueva vida a una colección histórica, mientras que los descendientes de Cecil están interesados en desempolvar algunas de sus pinturas más selectas y colgarlas para que el mundo las vea.

Los coleccionistas de hoy llenan sus casas de campo, o en el caso de Cohen sus almacenes, de la misma manera que lo hacían los grandes turistas dos siglos atrás, pensando que, en lugar de preservar una colección exactamente como fue reunida por primera vez, uno debería añadirle cosas constantemente, proporcionando, de este modo, un hogar para obras de arte moderno y contemporáneo. Un excelente ejemplo de esto es la colección Rothschild, en Waddesdon Manor. La preservación de Waddesdon Manor es un proyecto en curso que acaba de completarse con el edificio de Windmill Hill, una hermosa obra de arquitectura destinada a alojar los archivos de la colección. Estas ampliaciones de la casa y la constante programación de exposiciones dan testimonio de la dedicación de Rothschild a alentar y aumentar su colección y, al mismo tiempo, apoyar a artistas contemporáneos, remontándose de este modo a las inmemoriales tradiciones del coleccionismo inglés.

El espíritu del Gran Tour y la curiosidad de Horace Walpole están bien vivos en otros lugares también. En Aynhoe Park, James Perkins, un veterano de la industria musical británica, sigue llenando su casa con esqueletos de animales extintos, arte y fotografía contemporáneos y figuras de escayola de escultura clásica, muchas de ellas pensadas para los jardines de esculturas de instituciones como el Victoria & Albert Museum, un verdadero paraíso para cualquier estudioso de la antigüedad que deseara estudiar en

Londres el arte de Grecia y Roma. El interior del edificio fue diseñado hacia 1800 por Sir John Soane, una clara influencia en el gusto de Perkins. Igual que Soane, Perkins no teme mezclar lo viejo y lo nuevo, yuxtaponiendo diseño moderno con antiguos mármoles coleccionados en sus muchos viajes del mismo modo que un viajero del Gran Tour habría situado orgullosamente su botín para complementar su mobiliario de Chippendale.

Conclusión

El gusto inglés ha mantenido su curiosidad a través de los siglos, buscando las obras de arte más selectas en todos los rincones del planeta con el fin de preservar, educar y finalmente definir la identidad propia. La tradición continúa en la actualidad. El arte vive a través de sus coleccionistas y esta gran tradición —disfrutar del arte en su esencia y consolidar su aprecio durante siglos— es extremadamente importante.

[CaixaForum Madrid y Barcelona, 18 y 19 de septiembre de 2013]

Conferencia publicada en:
www.fundacionarteymecenazgo.org

Fundación Arte y Mecenazgo
Avda. Diagonal, 621, 08028 Barcelona
aym@arteymecenazgo.org



Fundación
Arte y
Mecenazgo



Obra Social "la Caixa"